

algar 

COLECCIÓN
CALCETÍN

La tumba de Mary Jay

Alan
Monroe-
Finch

Dibujos de
Bartomeu
Seguí



La leyenda de Mary Jay

Maretonhampstead tiene el honor de poseer el nombre más largo de todos los pueblos de Inglaterra, pero muy pronto iba a ser conocido por un suceso más extraordinario.

Este apacible lugar, situado en el corazón del parque nacional de Dartmoor, cuenta con unos mil quinientos habitantes. La gran mayoría viven en el núcleo urbano, y el resto, diseminados en granjas y casas solitarias. En una de ellas, camino de Manaton, residía John Wilcox, un chico de once años, y esta es su historia.

Los padres de John, William y Rachel, eran originarios de la región, y su familia tenía sus raíces bien asentadas en el condado de Devon desde hacía

muchas generaciones. Hasta donde podían recordar, habían vivido siempre en la tierra del páramo.

De vez en cuando, por Navidad y en alguna que otra fecha memorable, el señor Wilcox solía invitar a su hermano y a su familia: su mujer, Pamela, y sus dos hijos, los gemelos Andy y Dick, que vivían en Tavistock, en la orilla oeste del parque de Dartmoor. En estas ocasiones, siempre había una comida suculenta y el encuentro se prolongaba durante horas. La relación de los hermanos era



muy cordial. Todos lo pasaban muy bien juntos, excepto John, que odiaba a sus primos y cuyas visitas se convertían en un infierno.

Andy y Dick, apenas unos meses mayores, le revolvían todos los recovecos de su cuarto. Pero lo que más enfurecía a John era que sus primos le ignoraban de una manera sutil, nunca delante de sus padres ni de sus tíos. Cuando ellos estaban presentes fingían una relación de camaradería, pero cuando estos desaparecían, John se convertía en un mueble. Los



gemelos obtenían placer dejándolo de lado, y sólo parecían tomarlo en cuenta como destinatario de sus bromas. A veces cuchicheaban entre ellos, lo miraban y sonreían. Su menosprecio no tenía límites.

Cuando estaban todos juntos, John observaba a su padre. Nunca le veía tan risueño y despreocupado como cuando tenía cerca a su hermano y a sus sobrinos. A decir verdad, el tío Bertie era muy gracioso, le encantaba hacer juegos de palabras y contar chistes. Su comportamiento parecía espontáneo, pero era a la vez muy artificial, se esforzaba por estar contento, y quería que todo el mundo estuviese feliz, tuviese o no motivos. Al parecer no podía soportar el silencio de John, que se mostrase taciturno y se excluyese del jolgorio familiar, y solía fastidiarle con frases hirientes que disimulaba con todo su encanto.

—Bueno, John —le dijo un día—, tengo una opinión muy elevada de tu pelo, en serio, consérvalo, esos tirabuzones son el emblema de la vieja Inglaterra. Recuerdan a Lady Godiva.

Todos rieron excepto John, y el tío Bertie se le quedó mirando con un aire aún más irónico. John puso todo su empeño en no demostrar cómo le afectaba su burla sobre sus cabellos largos y rizados. Por experiencia sabía que era peor mostrarse susceptible.

–Qué bien lo pasamos juntos. Deberíamos quedar más a menudo –dijo entonces tío Bertie.

–Bueno, solo nos separan veinte millas de páramo –respondió el padre de John.

Oh, el páramo. Los hermanos Wilcox habían crecido en el páramo. Era su paraíso, y lo conocían palmo a palmo. Muchos años antes de que se convirtiese en un destino turístico y de que sus caminos se inundasen de excursionistas, ellos y sus amigos lo recorrían de arriba abajo con sus bicicletas; en verano hacían excursiones a Becky Falls y se refrescaban en sus frías aguas, o acampaban en pleno campo. Cuando se ponían a hablar de los viejos tiempos no había quien les parase.

–¿Te acuerdas de cuando dormimos junto a la tumba de Mary Jay? –preguntó tío Bertie.

El padre de John se llevó una mano a la cabeza.

–¿Que si me acuerdo? Menuda noche, la más maravillosa y terrible de toda mi vida. No podría olvidarla ni en mil años.

–¿Qué es lo que pasó? –preguntó Dick con los ojos muy abiertos.

–Lo siento, chicos, pero juramos mantener el secreto, así que no podemos decir nada.

—Por supuesto, Willy, guardaremos el secreto hasta nuestra muerte. Los pixies¹ pueden estar tranquilos.

Andy y Dick protestaron, estaban muy excitados.

—Pero no podéis dejarnos así.

—¿Qué pasó? ¿Visteis a los pixies?

El padre de John se levantó y se sirvió una bebida. Tío Bertie lo miraba con una sonrisa en los labios, daba la sensación de que representaban una comedia y de que ambos conocían cuál era el siguiente paso.

—Bueno, Bertie, ¿qué hacemos, podemos confiar en estos críos y transmitir nuestro secreto a la siguiente generación? La verdad es que me sentiría más aliviado.

—No estoy muy seguro de que quieran oírlo.

Andy se echó encima de su padre y forcejeó con él.

—Está bien, me rindo, vosotros lo habéis querido. Adelante, Willy.

—Bueno, llegó la hora de las batallitas —bromeó Rachel, y se apoyó en el brazo de su cuñada—. ¿Me acompañas a dar un paseo, Pam?

1. Los pixies son una especie de duendes, pueden adoptar formas muy diversas y son habituales del folclore fantástico del sudoeste de Inglaterra. (N. del T.)

Las dos mujeres abandonaron la casa por la puerta de la cocina. Mientras, el padre de John avanzó hasta la ventana y corrió la cortina, no sin antes echar una ojeada afuera, como si temiese que hubiese alguien escuchando. Tío Bertie estaba sentado en un sillón, con Andy a su lado sobre el reposabrazos. Dick se acomodó en el sofá y John se sentó sobre la alfombra. La sala estaba tenuemente iluminada por la luz de una lámpara.

—Está bien, ¿conocéis la historia de Mary Jay?
—preguntó William.

—No —dijeron al unísono Andy y Dick.

Casi todo el mundo en Maretonhampestead conoce la desgraciada vida de Mary Jay, su tumba se halla a unos cinco kilómetros al sur, y es bien visible junto a la carretera. Sin embargo John guardó silencio. Sus primos estaban ávidos porque su tío empezara el relato.

—Alrededor de 1790, una niña fue abandonada en el hospicio. No poseía nada, ni siquiera un nombre, y fue bautizada como Mary Jay. Pasaron los años, la niña creció y ayudó a cuidar de otros niños huérfanos, hasta que un día, ya joven, salió para trabajar en una granja cerca de Manaton. —El padre de John paseó la mirada de uno a otro, su voz tenía un acento lúgubre—. Hay quien dice

que Mary Jay y el hijo de los granjeros estaban enamorados; otros, que la joven fue violada por este. Fuese como fuese, ella quedó embarazada y nadie en la granja quiso saber nada de la muchacha. Mary Jay erró entonces de un lugar a otro, era un crudo invierno, y no recibió ayuda de nadie. De nadie –repitió–. Al fin, desesperada, se colgó en un granero. Ninguna iglesia quiso hacerse cargo de enterrar a la suicida, por eso su cuerpo yace en un cruce de caminos. Pero su tumba está siempre cubierta de flores y ofrendas. Los pixies se encargan de cuidarla.



William Wilcox se agachó y se mantuvo en cuclillas, miró atrás en un acto reflejo, paseó la lengua por los labios y susurró.

—Fuimos allí una noche, junto con dos amigos. Muchos lo habían hecho antes que nosotros, nuestros padres y los padres de nuestros padres. Acampamos en un cercado que había tras la tumba y esperamos. No nos creíamos nada de aquella historia, por supuesto. Sin embargo, estuvimos agazapados y cubiertos con una lona para resguardarnos del frío a la espera de que sucediese algo. Cuando el reloj marcó las doce, una figura surgió de la nada, llevaba



una especie de capucha que le ocultaba el rostro, se acercó a la tumba de Mary Jay y se arrodilló.

Se produjo un silencio. De pronto tío Bertie soltó un aullido y los tres chicos dieron un brinco.

—¡Menudos valientes! Seguro que podríais acampar junto a la tumba de Mary Jay. ¡Cómo me río!

Andy mordió el anzuelo.

—Claro que podríamos.

—¿Y quién dice lo contrario? —Tío Bertie soltó una risotada—. A unas diez millas por lo menos.

—Podemos hacerlo —dijo Dick.

—Sí, por supuesto, dentro de unos años. ¿Qué te parece, Willy? ¿Les dejaremos ir de acampada cuando se afeiten la barba?

Su hermano, el padre de John, le siguió el juego.

—Bueno, tal vez podrían ir acompañados de los boy-scouts, con un monitor experimentado y todo eso.

—No, este fin de semana. Hoy mismo —suplicó Andy—. ¿Tienes una tienda, tío Willy?

—Claro, y sacos de dormir, todo lo necesario.

—No agobiéis al tío —intervino el padre de los gemelos—. En otra ocasión, quizá, con más tiempo. Traeremos nuestra tienda y organizaremos una acampada.

–Tú nos dejas tu tienda, ¿no, tío? –insistió Dick.

–Por supuesto, por mí no hay problema. Aunque no sé si es una buena idea, ya lo habéis oído.

Dick se encaró con su padre.

–Bueno, ¿quién es el cobarde, ahora? No nos dejas, ¿verdad?

–Claro que os dejo, no digas tonterías.

–Entonces está hecho, esta noche acamparemos junto a la tumba de Mary Jay –gritó Andy, con una mezcla de aprensión y euforia.

–Calma, chicos, calma –sonrió tío Bertie–, aún no hemos escuchado a John. ¿Qué opinas, serías capaz de acampar con tus primos?

Todos se fijaron en John y este enrojeció. Había escuchado la conversación, pero como si no fuese con él, tratando de pasar desapercibido. Estaba acostumbrado a estas bravatas, que se formaban y se deshacían como una nube de tormenta. Sin embargo, la alusión directa de su tío le pilló de sorpresa.

–No sé... –balbuceó–. Creo... creo que no me apetece.

–¡Oh, no seas aguafiestas! ¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo?

–¡Dick! –cortó su padre–. No me gusta que hables así. Si al chico no le apetece... –John interpretó esta pausa como una alusión velada a su miedo. Sin



embargo tío Bertie cerró la frase de otra manera—. Ya tendremos ocasión más adelante.

—Nos lo pasaremos bien, John —suplicó Andy—. Anda, por favor, sin ti no sería lo mismo.

A John le traía sin cuidado lo que pensase su primo, sabía que al otro no le preocupaba lo más mínimo si se divertía o no. Se fijó en su padre. Seguía en cuclillas, pero había bajado la cabeza y parecía como abatido, concentrado en el dibujo de la alfombra. Pensó que lo último que quería era

pasar una noche junto a la tumba de Mary Jay, y, sin embargo, se escuchó decir a sí mismo.

—Está bien, vayamos.

Hubo una explosión de júbilo. El padre de John levantó la mirada. Parecía algo triste, pero le guiñó un ojo. Por un momento John sintió que era llevado en volandas.

—¿Qué hay de los pixies? —preguntó Dick—. ¿Llegasteis a verlos?

William Wilcox se incorporó, fue hacia la ventana y descorrió la cortina. La luz penetró en la sala.

—Bueno, eso es algo que tendréis que descubrir vosotros mismos —dijo.